

Ni Faily ni Mac-Mahón habían interrumpido el movimiento retrógrado, que continuaba en medio de penosos contratiempos de toda clase. Una serie de lluvias, hecho de todo punto extraordinario en aquella estación, ponía intransitables los caminos y convertía en lodazales los sitios en donde se instalaban los vivaques. Las penalidades eran tanto mayores para los soldados del 1.º cuerpo, cuanto que en su mayoría carecían de efectos de repuesto, por haber sido abandonadas en Frœschwiller un gran número de mochilas. No era mucho mejor la situación del 5.º cuerpo, ya que, en la imprudente precipitación de la retirada, los bagajes habían quedado, como hemos visto, en Bitché. A los lastimados de los pies se añadieron numerosos enfermos, y fué menester formar trenes especiales para enviar hacia el interior á los inválidos. La necesidad de resguardarse de las intemperies hizo que al sistema de vivaques se substituyera el de acantonamientos; además, como escaseaban los víveres, se recurrió á las requisas, y los soldados, apartándose de la estricta disciplina, se proporcionaban por el merodeo lo que les faltaba. La penuria de los cuadros de oficiales, casi enteramente destruídos en los últimos encuentros, aumentaba la confusión que encontramos perfectamente reflejada en una orden de Mac-Mahón que, con fecha 12 de agosto, mandaba reorganizar las compañías de manera que «cada una de ellas estuviese mandada por un oficial.» En una proclama de la misma fecha dirigida á las tropas procuró el mariscal levantar los ánimos, recordando que en la jornada del 6 de agosto sólo la superioridad numérica había podido vencer al valor francés y oponiendo á las pérdidas de su ejército las más considerables del adversario. «Si no habéis sido perseguidos, añadía, buscad la causa de ello en el daño que habéis causado al enemigo.» Por último anunciaba el término de las penalidades y saludaba la esperanza de un brillante desquite. Estas exhortaciones, unas veces eran escuchadas en medio de un triste silencio y otras provocaban comentarios escépticos ó burlones, y claramente se veía que los elementos malos estropeaban los buenos. Bajo tan disolventes influencias prosiguió la marcha. El 10, llegó el ejército á Luneville; el 11, el 12 y el 13, los términos de etapa fueron para el 1.º cuerpo Bayón, Haroué y Gondrecourt, y para el 5.º, muy separado del 1.º, Charmes y Mirecourt. Afortunadamente todas las vías férreas que convergían hacia el interior estaban aún intactas y la Compañía del Este había reunido todo su material disponible, abreviándose gracias á ella el viaje en que se desmenuzaban nuestros contingentes. El ferrocarril recogió el 14 en Neufchateau las tropas de Mac-Mahón y el 17 en Chaumont las de Faily, y escalonando los trenes en todas las vías libres, las transportó en tres días al campamento de Chalóns.

Los azares de la guerra agrupaban las fuerzas francesas en dos grandes masas: en Metz, Bazaine; en Chalóns los vencidos de Frœschwiller y los soldados de Faily. Sin embargo, en esta reconcentración general del ejército del Rhin, poco antes desplegado á lo largo de la frontera, un solo cuerpo conservaba sus primitivas posiciones, el 7.º, que, en medio del universal desorden, parecía olvidado en los confines de la Alta Alsacia.

En la historia de este cuerpo encontraríamos la ima-

gen compendiada de las imprevisiones, grandes ó pequeñas, en que todo se hundía. Había sido colocado en la extrema derecha del ejército, demasiado lejos de las demás fuerzas combatientes para prestar ó recibir socorro, y tres semanas después de la declaración de guerra sólo disponía de dos de sus tres divisiones y le faltaba la mitad de su caballería. De aquellas dos divisiones, una, la división Conseil-Dumesnil, había sido enviada, en 4 de agosto, á Mac-Mahón, habiendo quedado únicamente en Mulhouse una división, la de Liebert, y algunos escuadrones de húsares que recorrían á la ventura la planicie del Rhin. Félix Douay recogía en su cuartel general, un poco al azar y sin poder comprobarlos, los informes que le daban los alcaldes, los aldeanos y algunos espías que seguramente lo eran también del enemigo. A la primera noticia de las derrotas, recibió Douay un despacho increíble de Metz, en el que se le decía que enviara una de sus divisiones á Estrasburgo y replegara las otras en Belfort (1). Douay, impotente para aumentar la guarnición de Estrasburgo, envió á Belfort la única división de que disponía. La marcha duró dos días y, según los testimonios menos sospechosos (2), fué lamentable, turbada por rumores siniestros, retardada por enervadoras paradas y deshonrada por actos de vergonzosa indisciplina, como los de algunos soldados de infantería que abandonaron en la carretera sus fusiles y tiraron por el camino sus cartuchos. Los aldeanos contemplaban aquella retirada con exasperada sorpresa, y no acertando á explicarse aquel retroceso sin combate, creían que las tropas se habían equivocado y les gritaban, señalándoles al Este: «Por allí está el Rhin.» En Belfort, la división Liebert se aumentó con la división Dumont que en parte había llegado de Lyon y en parte de Civitavecchia, con lo que su efectivo total de aquellas fuerzas alcanzó la cifra de diez y siete mil hombres. Por las vías libres aún, y á costa de grandes rodeos, tal vez habría sido posible llevar las dos divisiones hasta Metz, en donde habrían sido un poderoso refuerzo para los próximos combates; pero ninguna orden llegó hasta el 16 de agosto, día en que un despacho del ministro de la Guerra dispuso que aquellas tropas volvieran á Chalóns. La prescripción era ya tardía porque de un momento á otro quedarían cortadas las vías férreas. La Compañía de Lyon y la del Este aunaron sus esfuerzos, y utilizando todas las líneas disponibles, el 7.º cuerpo, que debía retroceder como el 5.º sin haber combatido, fué expedido á la Champaña.

II

En la llanura de Chalóns, como en una playa después de la tempestad, iban á varar todos los restos que la guerra arrojaba. ¿Sería posible sacar aquellos restos nuevamente á flote?

A partir del 15 de agosto, sucediéronse los trenes que dejaban en Mourmelon á los soldados del 1.º cuerpo. Algunos de éstos no tenían fusiles ni cartucheras; muchos oficiales habían perdido sus caballos y sus efectos; los uniformes estaban estropeados, desteñidos, húmedos como si se hubieran hallado expuestos durante un año al

(1) Telegrama del emperador á Douay, de 7 de agosto, á las cinco y media de la mañana.

(2) Príncipe Bibesco, *Belfort, Reims, Sedan*, pág. 29.

sol y á la lluvia; y según afirmación de un testimonio fidedigno, aquellos hombres parecían haber combatido seis meses (1). Los relatos que se escapaban de aquellos labios descorazonados revelaban todas las alucinaciones engendradas por el exceso de fatiga ó por el azoramiento de la retirada. Algunos jefes, improvisados en las últimas etapas, extraños por completo á los soldados, á quienes no conocían, carecían de esa autoridad que restablece la disciplina y levanta los espíritus; y no es que hubiesen faltado cuadros, puesto que poco antes los había magníficos, admirables, que cualquier ejército habría envidiado; pero los mejores oficiales, los soldados más valientes estaban en las ambulancias ó habían encontrado en las colinas de Frœschwiller el sitio del descanso eterno.

Ante el aspecto de tales miserias comenzó á propagarse una frase: «Es la retirada de Rusia, pero sin nieve (2).» Al mismo tiempo empezaba á sentirse un gran temor, el del contagio que en torno suyo propagarían aquellas tropas quebrantadas por la derrota. Se esperaba en el campamento el 5.º cuerpo, ya muy mermado, y, según todas las apariencias, también el 7.º; además, en Mourmelon se formaba un nuevo cuerpo, el 12.º, cuyo núcleo eran ciertos elementos del 6.º cuerpo que, á consecuencia de la interrupción de las vías férreas, habían quedado separados de Canrobert. ¡Cuán desmoralizador no sería para todas estas fuerzas el contacto con los regimientos vencidos! Y cuanto más jóvenes fueran los contingentes, más fácilmente harían presa en ellos estas influencias disolventes. Pues bien, en los barracones estaban agrupados, desde hacía algunos días, los batallones de los móviles del Sena, que habían llegado en disposiciones muy equívocas, reclamando como un derecho el regreso á París é irritados además (y no sin cierta razón) por lo incompleto de su armamento y la escasez de todo. Lo que entonces era simple descontento ó turbulencia, corría el peligro de transformarse en disgregación completa si los propagadores de malas nuevas, los directores de la indisciplina, los fomentadores del desaliento podían invocar el ejemplo ó las palabras de soldados reputados como aguerridos.

La misma situación del campamento engendraba otro motivo de alarma: instalado muy lejos de la frontera, en medio de una vasta planicie, no había sido dotado de ninguna defensa, tan inverosímil parecía que hasta allí pudiese llegar el enemigo; todo se había combinado para las maniobras de las tropas, pero no se había tomado precaución alguna contra la invasión. Ahora bien, allí iba á parar todo en una confusión espantosa, material, artillería, destacamentos aislados, guardias móviles provistos de armas antiguas ó sin arma alguna, y veteranos no repuestos aún de la derrota. Si las vanguardias alemanas redoblaban la velocidad de su marcha, arrollarían sin resistencia aquellos rebaños humanos; y este peligro, aunque no era inmediato, no dejaba de ser amenazador. El 15 y el 16 recibieron despachos, inexactos por fortuna, que contenían noticias alarmantes; según ellos, habían sido vistos en el Argonne algunos exploradores prusianos, y el general de Linie-

(1) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración del general Schmitz, tomo II, pág. 276.

(2) General Bonnal, *Frœschwiller*, pág. 462.

res, encargado del mando territorial en Chalóns, anunciaba la presencia del enemigo en las inmediaciones de Bar-le-Duc.

No faltaban en el campamento hombres perspicaces y bastante animosos para señalar estos peligros. El general Berthaut, que mandaba los móviles del Sena y que apenas comenzaba á poner un poco en orden su joven tropa, temía mucho una sorpresa que seguramente se convertiría en catástrofe. En el entretanto, había sido puesto al frente del 12.º cuerpo, en vías de formación, el general Trochu, que había escogido como jefe de Estado mayor al general Schmitz; éste fué el prime-



El general Berthaut

ro en llegar, y en cuanto estuvo en Mourmelon quedó aterrado del espectáculo que se ofreció á sus ojos: «Jamás había visto unas tropas en más deplorable estado.» declaró algún tiempo después. Había conocido en China al general Palikao, y aprovechando esta circunstancia, atrevióse á revelar toda la verdad, telegrafando el 16 al ministro: «Tomo bajo mi responsabilidad decir que la situación del campamento de Chalóns es comprometidísima; reina allí un desorden enorme... La posición no es en modo alguno defensiva y á lo sumo es buena para la ofensiva... Si el enemigo, continuando las audaces incursiones que de unos días á esta parte realiza, se presentase en el campamento de Chalóns, todo en él quedaría destruído.» La conclusión era el abandono del campamento, y el general se permitía proponer la línea de retirada por donde el ejército se replegaría. Mientras este despacho era transmitido al ministro, Trochu se hallaba en camino para tomar posesión de su mando, y durante el trayecto, en la misma estación de Chalóns, recibió una impresión anticipada de lo que le esperaba, pues en los vagones los zuavos del 1.º cuerpo gritaban, cantaban, se entregaban á toda suerte de libaciones y permanecían desnudos en el estribo de los carruajes, ostentando públicamente el

ejemplo de la inmoralidad y de la indisciplina (1). ¡Cosa extraña, inaudita, que demuestra cómo la guerra desarrolla todos los extremos, un día el del heroísmo, otro el de la bajeza! Aquellos zuavos eran los compañeros de los que, diez días antes, habían causado con su bravura la admiración de sus enemigos. Con el ánimo obsesionado por aquel espectáculo llegó por la noche Trochu á Mourmelón.

III

En medio de todos aquellos restos que el reflujo de la derrota arrojaba, fué á naufragar otra ruina, el emperador.

Había éste salido, en la madrugada del 16 de agosto, de Gravelotte, en compañía del príncipe imperial y del príncipe Napoleón; y como aquella marcha degeneraba cada vez más en fuga, los dragones de la escolta, considerados como demasiado pesados, habían sido substituidos por los cazadores de África del general Marguerite; muy atrás seguía un batallón de granaderos que de lejos oyó, hacia el lado de Rezonville, los primeros cañonazos de la batalla. A la una, Napoleón III entró en Verdún, cuyos habitantes le vieron pasar silenciosos y estupefactos. El subprefecto preguntó cándidamente á una de las personas del séquito si había que gritar «¡viva el emperador!» El soberano procuró tranquilizar á las autoridades, dió órdenes para el armamento de la plaza y afirmó repetidas veces que en pos de él venía Bazaine (2). Todo el material de las vías férreas había sido destinado á los transportes, y en aquella estación no había más que algunos vagones de tercera clase; pusieronse almohadas en los bancos y de esta manera dirigióse el monarca al campamento, al que llegó cuando anochecía. Nadie le esperaba y á toda prisa hubo que buscar en Mourmelón, en donde se habían agotado todas las provisiones, alojamiento para el emperador y para las personas que le acompañaban (3).

Durante la noche del 16 al 17 no cesaron de llegar trenes conduciendo las últimas tropas del 1.º cuerpo en retirada, y se sucedieron los despachos de los alcaldes anunciando la aproximación de los prusianos: más allá de Bar-le-Duc la vía estaba cortada y el servicio interrumpido (4), y corrían rumores de que en el Alto-Marne y hasta en los alrededores de Blesme se habían visto exploradores enemigos. En el entretanto Mac-Mahón había asegurado el viaje de sus tropas y él mismo llegó á Mourmelón á la madrugada del 17.

El curso de los acontecimientos reunía en el campamento á muchos grandes actores de la política y de la guerra, tales como el emperador, el príncipe Napoleón, Mac-Mahón y Trochu, de cuyas resoluciones había de depender la suerte de las armas, de la dinastía y aun de la nación francesa. El más turbulento y animado era el príncipe Napoleón: sospechoso como príncipe é impotente como ciudadano, había disipado hasta entonces en palabras vehementes y vanas y en actos contra-

(1) Trochu, *Œuvres posthumes*, tomo I, pág. 110.

(2) *Procès Bazaine*, declaración del Sr. Benoit, alcalde de Verdún (audiencia del 25 de octubre de 1873).

(3) Marqués de Massa, *Souvenirs*, págs. 296-297.

(4) Jacquín, *Les chemins de fer pendant la guerre*, pág. 153.

dictorios é incompletos una actividad que no sabía á qué consagrarse. La guerra, resuelta sin él (pues se hallaba entonces lejos de Francia), era obra del partido de la corte y de la emperatriz, es decir, de sus enemigos, y el éxito lamentable de la empresa aumentaba su consideración cerca del soberano, de modo que parecía menos abatido por los públicos infortunios que sobreexcitado por la perspectiva de un papel que le permitiría desplegar todas las energías que hasta entonces no había empleado. Su hermosa cabeza, regular, imperiosa, y aparentemente llena de pensamientos, contrastaba con los semblantes sombríos de los cortesanos atontados y de los consternados militares. Con el espíritu de contradicción que constituía el fondo de su carácter, bastaba que los demás deseseraran para que en seguida se mostrara fecundo en palabras confortantes. En los días anteriores se le había visto confundido con el cortejo oficial con un aire menos aburrido que de costumbre y procurando con brusquedad afectuosa y cordial sacudir el entorpecimiento de su primo. El 17, muy de mañana, salió del pabellón imperial con deseos de encontrar á alguien á quien comunicar la superabundancia de sus opiniones. Llevaba el uniforme de media gala de general de división, con la levita mal ceñida, como hombre que detesta todas las molestias y sobre todo las molestias militares, y habiendo encontrado al general Schmitz, acercóse inmediatamente á él, describióle en términos muy pintorescos el viaje de la víspera y le expuso el temor que habían sentido de que la vía férrea estuviera interceptada y de que el emperador quedara prisionero. Lo que á su vez le refirió el general acerca del estado de las tropas y de la inseguridad del campamento, le impresionó en alto grado. Dominábale, sin embargo, una idea, la de hacer regresar á la residencia del gobierno al monarca, el cual en el ejército no era sino un estorbo, pues no podía mandar, por haber resignado el mando, ni servir porque era soberano. El general acogió muy fríamente aquella indicación é invocó la sobreexcitación del espíritu público que había de hacer peligroso aquel regreso. De modo que Schmitz, que venía de París, declaraba imposible la permanencia del emperador en la capital, y el príncipe Napoleón, que venía de Metz, declaraba imposible también la presencia de aquél en los campamentos; y lo peor era que uno y otro tenían razón, pues el país y el ejército se lanzaban el uno al otro á aquel á quien ninguno de los dos quería. El príncipe, después de haberse separado de Schmitz, fué en busca de Trochu, y no habiéndole encontrado, sentóse familiarmente entre los oficiales del mismo, y prosiguiendo la exposición de su tesis, como si no hubiese cambiado de confidente, insistió en la necesidad de que el soberano regresara á París.

Los soldados, al despertarse, habían visto á los centinelas inmóviles dentro de sus garitas, á la puerta de la residencia imperial, y observado luego las idas y venidas de los suntuosos lacayos de librea verde y oro, no tardando en propagarse de un extremo á otro del campamento el rumor de que el emperador había regresado. Los móviles del Sena, influidos por las ideas demagógicas, acogieron la noticia con coplas burlonas ó con ademanes insultantes; y los militares sueltos y los soldados del 1.º cuerpo, agriados por la derrota, que atribuían á la incapacidad del mando, imitaron á los

guardias móviles; y lo más particular no eran estas manifestaciones, sino que los jefes aparentasen no ver ni oír nada.

Mientras comenzaban á circular estos rumores, el príncipe Napoleón regresaba á la residencia imperial en compañía de Schmitz y del general Berthaut; al mismo tiempo llegó el general Trochu, llamado por el emperador. Al aire libre y delante del pabellón entablaron conversación el monarca y los generales, conversación que no tuvo el carácter de consejo de guerra, ya que, según parece, no se le imprimió, á lo menos al principio, ninguna dirección concreta.

Hablóse primeramente del estado del campamento y las preguntas que sobre esto hizo el emperador fueron categóricamente contestadas en el sentido de que el sitio no ofrecía ninguna posición defensiva y estaba á la merced de un golpe de mano. Después el general Berthaut, invitado á explicarse respecto de la guardia móvil, lejos de disimular la verdad, expuso claramente los dos defectos de aquellos jóvenes soldados, á saber, la indisciplina y la falta de instrucción militar. «Sería una locura, añadió, emplearlos en campo raso, pero, después de los convenientes ejercicios, podrían prestar servicios útiles detrás de las murallas.» Y, partiendo de esta base, el general proponía que los batallones fuesen distribuidos entre las plazas fuertes del Norte, idea que no agradó mucho al emperador, según testimonio del propio Berthaut, puesto que dijo: «Si esos jóvenes han de combatir al amparo de las murallas, vale más que se vuelvan á París, en donde defenderán sus hogares (1).»

Mas no tardó el debate en tomar mayores vuelos. El regreso del emperador estaba en la mente de todos; pero ¿quién se habría atrevido á decir al soberano que lo mismo en Chalóns que en Metz era un estorbo? Como las leyes de la etiqueta se observaban poco en medio de aquella confusión, el general Schmitz fué el primero en tomar la palabra; el emperador le conocía por haberlo tenido en otro tiempo de oficial de ordenanza, y esta circunstancia le daba cierta consideración que le permitía expresarse con alguna libertad. Levantándose con una solemnidad que formaba contraste con el tono hasta entonces muy familiar de la conversación, y dirigiéndose al soberano, le dijo: «Señor, nuestro deber es no ocultar nada á Vuestra Majestad: nos hallamos en una situación grave; el emperador no manda ya el ejército ni está en su trono, y esta posición no es digna del soberano de Francia. Es preciso que el emperador esté al frente de sus tropas ó al frente de su gobierno.» Al oír estas palabras, Napoleón le interrumpió con voz débil, y reconociendo con una especie de imparcialidad fatalista su propio empequeñecimiento, murmuró: «Es verdad; parece que haya abdicado.» Dos horas antes, el general Schmitz, departiendo con el príncipe Napoleón, había parecido dudar de que las disposiciones de la opinión pública consintieran el regreso á París; pero lo que por la mañana había declarado casi imposible hacía casi fácil á sus ojos mediante la siguiente combinación: «Hay un hombre, dijo, de quien se ha prescindido y que goza de la confianza pública, el general Trochu; todo el mundo está sorprendido de que hasta

(1) Proceso del general Trochu contra *Le Figaro*; declaración del general Berthaut (Tribunal de los asises del Sena, audiencia del 28 de marzo de 1872).

ahora no se le haya confiado ningún mando. Si el emperador quiere regresar á París para ocupar nuevamente su trono, puede ocuparlo acompañado de él.» Si se tiene en cuenta que el general Schmitz era amigo y jefe de Estado mayor del general Trochu y que éste asistía á la conversación, es difícil atribuir á este pequeño discurso el mérito de una completa improvisación. Detrás de aquella indicación había todo un plan en el que no se había omitido un solo detalle: Trochu sería nombrado gobernador de París y partiría acto continuo de Mourmelón; el emperador se pondría en camino poco después, y al siguiente día se enterarían los parisienses por una misma proclama de que Trochu estaba en el Louvre como gobernador, y Napoleón en las Tullerías como soberano, compensando de este modo, por lo menos así se creía, la popularidad del uno la impopularidad del otro.

Por muchos que fueran los méritos del general Schmitz, una proposición tan atrevida parecía exigir un intérprete más calificado; y por otra parte, aunque los reverses le hubieran enseñado á ser modesto, el monarca no podía menos de acoger con desagradable sorpresa la creación de un nuevo Lafayette, y únicamente un amigo que de antiguo tuviera autoridad para decirlo todo podría, con su brusca y clara franqueza, hacer aceptar la amarga humillación. Según testimonios, que no siempre concuerdan, intervino en aquel momento en el debate el príncipe Napoleón, quien, con una mezcla singular de autoridad familiar y de persuasiva rudeza, expuso su parecer, cuya conclusión fué muy parecida á la de Schmitz. «Ya veréis como todo irá bien,» dijo para terminar el príncipe, redoblando su confortante energía; y dicho esto se sentó, tanto más inspirado y satisfecho cuanto que sus convicciones se armonizaban con sus antipatías, pues el regreso del emperador significaba el fin de la regencia y la elevación de Trochu era la confusión de la emperatriz, y el príncipe se recreaba de antemano pensando en el despecho de la soberana, como ésta habría gozado con cualquier contratiempo del príncipe.

El emperador había acogido la indicación con gratitud, porque estaba ansioso de cualquier recurso compasivo, pero al mismo tiempo con cierto embarazo porque juzgaba muy equívoco al protector y muy humillante la protección. En el entretanto, la reunión se había completado con la llegada de Mac-Mahón, á quien Napoleón, invocando un pretexto, llamó aparte y se lo llevó á su gabinete. Cuando estuvieron solos, el soberano preguntó al mariscal: «¿Conocéis bien á Trochu y podéis garantizar su fidelidad?» Mac-Mahón, que era de esos hombres bastante leales para responder de la lealtad de los demás, respondió: «Conozco desde hace muchos años al general y le considero hombre de corazón y hombre de honor; Vuestra Majestad puede contar enteramente con las promesas que haga.»

La entrevista, suspendida por un momento, se reanudó, pero ya no delante del pabellón imperial, sino en el salón del emperador. La conversación, así por el número de asistentes como por la importancia de las deliberaciones, habíase convertido poco á poco en conferencia. Napoleón, dirigiéndose á Trochu, que hasta entonces había seguido silenciosamente el debate en que se decidía de su suerte, le dijo: «Ya habéis oído lo

que proponen; ¿aceptarías esa misión?» Según todas las apariencias, el general no estaba desprevencido, pues no cabe suponer que el proyecto formulado por su propio jefe de Estado mayor lo fuera sin su consentimiento. Era militar demasiado entendido para desconocer los peligros de una situación ya gravemente comprometida; pero era al mismo tiempo demasiado buen patriota para esquivarse, demasiado confiado en sus propios conocimientos para desesperar y tenía demasiada fe en la Providencia para asustarse con exceso de las responsabilidades, de las ingraticudes y de los fracasos. Su papel, grandioso y atrayente, casi tanto como peligroso, sería para la dinastía el de protector, para el pueblo parisiense el de moderador y para el extranjero el de campeón en el supremo combate. Trochu aceptó sin vacilar, diciendo al emperador: «Estoy á la disposición de Vuestra Majestad.» Esta resolución tan pronta enfrió, según parece, á Napoleón, el cual, volviendo al estado de proyecto lo que parecía resolución firme, dijo: «Voy á escribir á la emperatriz y al consejo de ministros.» Oyendo esto, el príncipe Napoleón exclamó sobresaltado: «¡Escribir á la emperatriz! ¿Acaso no sois ya soberano? Es preciso que Trochu parta inmediatamente.» Fascinado por aquella violenta voluntad, el monarca pareció ceder, pero con esa ingeniosidad para encontrar pretextos que constituye el recurso de los débiles, buscó en seguida un motivo que justificara sus vacilaciones: «Me preocupa la forma, objetó; es preciso que el decreto sea refrendado, puesto que soy soberano constitucional.—Nada más fácil, repuso el príncipe Napoleón resuelto á precipitar el desenlace; firmad el decreto y Trochu se lo llevará. ¿Qué ministro, en París, podrá negarse á refrendarlo?» Acosado de esta suerte, el monarca se calló. Hubo, sin embargo, una última lucha porque, habiendo Trochu exigido que regresaran á París los móviles del Sena, el emperador, que al principio del consejo había propuesto esta solución, sintió de pronto algunos escrúpulos, considerando la medida peligrosa, á lo menos en cuanto á los batallones de los arrabales, muy turbulentos, muy perversos, á los cuales quería distribuir entre las plazas de Lila, Maubeuge y Verdún. Trochu, sin embargo, no cedió, y habiendo el general Berthaut manifestado que respondía de todo, el soberano, sea por convencimiento, sea por cansancio, no insistió más.

Designado ya el gobernador de París, faltaba proveer á las necesidades del ejército. Mac-Mahón fué nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas reunidas en Chalóns. ¿Sería independiente de Bazaine? El emperador habría querido que lo fuese, pero el vencedor de Magenta solicitó el favor de servir á las órdenes de aquél: «Prefiero, dijo, ser subordinado de Bazaine; es amigo mío, aceptaré sus órdenes y nos entenderemos.» La subordinación sería indudablemente más nominal que efectiva, puesto que los dos mariscales estaban separados por la distancia y lo estarían antes de poco por el enemigo. La misma deliberación de donde salió el nombramiento de Mac-Mahón resolvió la retirada del ejército á París? Si hemos de dar crédito á los recuerdos del mariscal, la conferencia se disolvió sin decidir nada sobre este particular; pero, en cambio, los generales Trochu y Schmitz han afirmado que en aquella reunión se acordó la evacuación del campamento de

Chalóns y el regreso de las tropas á la capital, y aun añaden que se discutió la línea de retirada, queriendo Mac-Mahón que ésta se realizara por Reims y Soissons y proponiendo Schmitz que se siguiera para efectuarla la carretera de Vertus, Champaubert y Montmirail. Esta última versión la vemos comprobada, de modo muy contundente aunque indirecto, en uno de los telegramas encontrados después del 4 de septiembre en las Tullerías (1).

Cuando la conferencia tocaba á su fin, el emperador, haciendo el resumen de la discusión, dijo: «Si no estoy equivocado, he de firmar tres decretos, uno para Trochu, otro para Mac-Mahón y otro para la guardia móvil.—Para la guardia móvil, observó el general Berthaut, basta una orden.» Todavía se temió que el emperador se dejara dominar nuevamente por la incertidumbre; así es que el príncipe Napoleón entró en la barraca del general Schmitz y, sin perder un instante, apresuróse á redactar los documentos que debían ser sometidos á la firma del soberano. El emperador, como si se sintiera turbado por su atrevimiento, hizo que partiera el comandante Duperré para anunciar á la emperatriz las resoluciones adoptadas, añadiendo á este mensaje un telegrama que había de preparar la gran noticia (2). Mac-Mahón se retiró para visitar el campamento y Berthaut para ocuparse de la próxima partida de los guardias móviles. En el entretanto, Trochu hacía preparar un breack de artillería que se hallaba á poca distancia de la residencia imperial, y dos horas después, acompañado de Schmitz, corría por la carretera de Chalóns, desde donde había de dirigirse por ferrocarril á París.

IV

En París, en medio de la general ruina, subsistían dos grandes autoridades, la regente, es decir, la emperatriz, y el ministro de la Guerra, ó sea Palikao.

En el alma de la emperatriz agitábase pensamientos que no se confesaba á sí misma y, sobre todo, que no habría tolerado que nadie le atribuyera. Contra el emperador tenía tres agravios: había envejecido, se había hecho liberal y había sido derrotado. Debilitado en el interior por sus concesiones, desarmado contra el enemigo por sus derrotas y agobiado por el precoz ajamiento de su cuerpo, ¿qué le quedaba sino desaparecer? En cambio, ella era joven todavía, era ambiciosa y además era madre; la ley la había hecho regente, la salvación pública le imponía energía y esperanza, y de aquí el secreto designio de velar por la Francia, por el imperio y por el príncipe imperial, aunque fuese sin el emperador, el cual sería la víctima, más ó menos sacrificada, de la fatalidad y de sus propias faltas. Lo que la soberana pensaba, insinuábase también la corte y se lo insinuaba por boca de los leales atentos á la dinastía, de los autoritarios ansiosos de perseguir la idea liberal, de los románticos seducidos por los infortunios de una mujer, y de los aficionados á los placeres, desesperadamente apegados al abundante maná de que vivían hacía veinte años. Todo contribuía á fortalecer estas ideas: la inexperiencia osaba soñar con el triunfo;

(1) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 426.

(2) *Idem*, págs. 433 y 434.

los entusiasmos se exaltaban ante la perspectiva de una obra cuyo honor sería proporcionado á los peligros; los escrúpulos de la esposa cedían ante las apasionadas solicitudes de la madre, y la esposa misma había de encontrar en el recuerdo de los agravios privados de su marido un motivo para ahogar las voces de su conciencia. Para mejor salvar el imperio, se fingiría olvidar al emperador, cuyo nombre sería omitido en los discursos públicos, y de esta suerte, desprendiéndose de él, se creería eludir la mala fortuna. Intento más bien vislumbrado que perseguido, acariciado por el pensamiento y apenas revelado por las palabras, que, en caso de desarrollarse algún día, añadiría á las peripecias de la guerra una intriga de palacio. Para el pobre emperador la expiación sería peor que cuantas hubieran podido imaginar sus enemigos, pues el castigo le sería infligido por sus servidores, por sus familiares, por su propia esposa, todos coligados más ó menos conscientemente contra su desgracia, todos atentos á abrir un surco entre su hijo y él y á anularle por preterición.

Esta especie de coalición tácita, por virtud del natural encadenamiento de los sucesos, había de tener por cómplice á Palikao. Algo postergado durante los últimos años, más sospechoso que honrado por lo que toca á la expedición de China, había sido olvidado en la distribución de los grandes mandos; y cuando los reveses habían obligado á acordarse de él, habíase hecho cargo del poder con un poco de aprensión y mucha osadía. Su absoluta inexperiencia de la política le desconcertaba; en cambio, su actividad, muy grande á pesar de sus años, su audacia y su inteligencia hacían que asumiera sin gran temor la pesada carga. Siendo ministro de la Guerra, organizaría la defensa nacional y además intervendría, aunque desde lejos, en todas las combinaciones militares. De éstas, las únicas que le agradaban eran las que en vez de traer los ejércitos á París los llevaran á la frontera; su misión sería importante sobre todo si, no teniendo á su lado más que á una mujer inhábil para fiscalizar sus actos, seguía siendo dueño absoluto en cuanto fuera crear nuevos recursos, utilizar los antiguos y sugerir por todos lados las combinaciones ó los planes. En caso de triunfar, compartiría la gloria de los generales victoriosos, y aun en el de una derrota completa, no podía dudar de que obtendría el bastón de mariscal que deseaba ardientemente y que, desde la expedición á China, creía tener ganado.

Dada esta disposición de los ánimos, las medidas adoptadas en el campamento de Chalóns necesariamente habían de resultar en extremo desagradables: para la emperatriz, el regreso del emperador señalaría el fin de la regencia, y el nombramiento del general Trochu significaría la reaparición en escena del partido liberal; para Palikao el desengaño sería igual, pues estando en París, Trochu era una influencia, rival sin duda, que aumentaría al lado de la suya, y el regreso del ejército á la capital era la anulación de todas las concepciones aventuradas que el ministro de la Guerra se complacía en forjar.

En la noche del 17, un mensaje del emperador, traído seguramente por el comandante Duperré, notificó á la emperatriz lo que acababa de resolverse; de la emoción que despertó esta noticia puede juzgarse por el siguiente despacho que á eso de las diez dirigió Pa-

likao á Napoleón: «La emperatriz me comunica la carta en la que el emperador anuncia que quiere traer el ejército de Chalóns á París. Suplico al emperador que renuncie á esta idea que parecería el abandono del ejército de Metz (1).» Mientras el ministro de la Guerra protestaba contra el regreso del ejército, la regente se sublevaba contra la vuelta de su esposo y sus telegramas debieron ser muy apremiantes, puesto que el soberano, que por la mañana estaba resuelto á volver á su capital, manifestó aquella misma noche indecisiones que presagiaban un nuevo cambio de parecer.

En el entretanto, Trochu se encaminaba á París.



El almirante Jurien de la Gravière

Frecuentes obstrucciones de la vía multiplicaban las paradas y aumentaban la duración del trayecto, y la confusión se patentizaba por hechos tristemente curiosos como el de que en Epernay la vía estuviera ocupada por una serie de vagones cargados de herramientas y faginas y destinados á las «necesidades del sitio de Maguncia (2).» El general, aprovechando una de aquellas detenciones, escribió sobre sus rodillas la proclama en que había de notificar su nombramiento á los parisienses. Afirmando como positiva una noticia que en aquellos mismos momentos comenzaba á ser insegura, ó sea la del regreso del emperador, anunciaba que éste llegaría pocas horas después que él, expresaba su fe en el triunfo final, recomendaba la calma, no solamente la de la calle, sino también la de los hogares y la de los espíritus, y la deferencia para con la autoridad responsable, y hacía un llamamiento á todos los franceses sin distinción de partidos, afirmando su resolución de volver, una vez su misión cumplida, á la obscuridad de donde salía. Y acordándose de la provincia en que había nacido, terminaba piadosamente, al estilo de la gente de Bretaña, invocando la ayuda de Dios para la salvación de la patria.

(1) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 426.

(2) Trochu, *Oeuvres posthumes*, tomo I, pág. 135.